



Rafael Jijena Sánchez

Los tres consejos

Chile

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Han de saber que vivía en un pueblo un matrimonio muy bien avenido y que habría sido completamente feliz, si la fortuna le hubiese prestado alguna ayuda; pero parece que se complacía en volverle las espaldas. Era inútil cuando había hecho el marido, hombre bueno a carta cabal, para encontrar trabajo, porque nadie se lo proporcionaba. La mujer, que era una perla, cosía y bordaba a la perfección; pero por desgracia tampoco nadie la ayudaba. Tenía un hijo de unos doce años, bueno como ellos, estudioso e inteligente, que era su único consuelo; y sin embargo, su vista hacía sufrir al padre, porque pensaba en el triste porvenir que le aguardaba.

Un día, Juan –que así se llamaba nuestro hombre- tomó una determinación desesperada.

-Rosa - dijo a su mujer- esta situación no puede continuar; si aquí no encuentro en qué ganar la vida, iré a buscarla fuera del pueblo; y como necesito llevar algún dinero para mis primeros gastos, venderemos los muebles que no te sean tan indispensable, y del producto tomaré yo una parte y te quedarás tú con la otra para subvenir a sus necesidades y a las de nuestro hijo, mientras encuentras costuras y yo vuelvo. Dios ha de permitir que nada les falte en mi ausencia, y que ésta sea corta.

La venta de los muebles produjo mil pesos. Él tomó seiscientos y con lágrimas en los ojos se despidió de su mujer y de su hijo.

Al pasar por la casa de un compadre, excelente persona, pero un poco alocado, se dijo: “Voy a despedirme de mi compadre y a recomendarle que cuida a su ahijada mientras yo regreso”, y entró.

-A despedirme de usted vengo, compadrito.

-¿A dónde va, compadre?

-A donde Dios quiera, pues. Voy a tentar suerte, a ver si encuentro trabajo en otra parte, ya que aquí no se gana ni para cigarros.

-Yo lo acompaño, compadre. ¿Cuánto lleva usted para el camino?

-Trescientos pesos.

-¡Lo que son las casualidades! Yo también tengo aquí otros trescientos; me los echo al bolsillo y vamos andando.

De mucho consuelo sirvió a Juan la compañía de su compadre, que era un hombre alegre y decididor. Sus chistes le hacían reír y distraer de la pena que le ocasionaba la separación de su familia, y conversando, marchaban sin sentir el camino.

Después de andar una semana llegaron a la plaza de una ciudad, y en una de sus esquinas vieron una muchedumbre de gente reunida. La natural curiosidad hizo que se acercaran y vieron en medio del grupo un anciano que pregonaba:

-¡Tres consejos, señores, por sólo trescientos pesos; tres consejos que procurarán la fortuna y la felicidad de quien los conozca! ¡Tres consejos, a cien pesos cada uno! ¿Nadie se interesa por ellos?

Juan sintió como si una voz interior lo obligara a comprarlos, y sin poder contenerse se acercó al anciano y le dijo:

-Yo los compro; aquí están los trescientos pesos.

El anciano recibió el dinero y acercando los labios al oído de Juan, murmuró:

-Estos son los tres consejos, que te harán feliz si los sigues en todo momento: No dejes lo viejo por lo nuevo; no preguntes lo que no te importa, y no te dejes llevar de la primera nueva.

Al apartarse Juan del anciano, todos lo miraban lastimosamente.

-Está loco –decían-. ¡Pobrecito!

-Pero compadre, por Dios, ¿qué has hecho? ¿Qué ha perdido el juicio? ¿Qué no ve que ese viejo es un miserable charlatán, que lo ha robado?

Juan callaba y se decía: “Bien puede que así sea, pero también puede ser que todos se equivoquen”; y se proponía seguir los consejos que había recibido, cada vez que se presentara la ocasión.

Almorzaron y salieron de la ciudad, porque en ella había también escasez de trabajo; y poco después se encontraron con que el camino que seguían dividía en dos, uno antiguo y uno recién construido. Preguntaron cuál de los dos era mejor y les contestaron que el viejo era muy largo e incómodo y por eso nadie transitaba por él, y que todos preferían el nuevo por ser nuevo, más corto y más cómodo.

Juan se acordó del primer consejo que le vendió el anciano, dijo a su compañero:

-Vámonos por el camino antiguo; acuerde compadre del refrán que dice: No dejes lo viejo por lo mozo ni lo cierto por lo dudoso.

-No, compadre –dijo el otro–; mejor es que sigamos por el nuevo para llegar más pronto.

-Yo, compadre, me voy por el viejo.

-Yo por el nuevo y verá cuál de los dos entra primero en la ciudad. Lo esperaré en la plaza. Es verdad, el camino que había tomado Juan, que fue completamente abandonado hacía más de un año, era muy incómodo; estaba cubierto de matas de cardo y de toda clase de malezas, de charcos y de montones de piedras y de tierra, que dificultaban el paso; y sólo después de cuatro horas de marcha penosa, logró salir de él y llegar a otra ciudad.

Cuando Juan entró a la plaza se asombró grandemente de no encontrar a su compadre, el cuál, según sus cálculos, debía haber llegado más de una hora antes que él. No sabiendo qué pensar ni qué hacer, se sentó en un escaño a esperar los acontecimientos. De pronto el ruido que producían varias personas que se acercaban lo sacó de la meditación y, poniéndose de pie, se dirigió al grupo. ¡Cuál no sería el asombro del pobre Juan al ver que traían muerto a su compadre, que había sido acribillado a puñaladas en el camino nuevo para robarle la cartera!

Juan lloró sinceramente a su amigo, y no se separó de su cadáver hasta dejarlo sepultado.

Juan se encontraba sin recursos, pero en fin estaba vivo, y del cementerio salió pensando que con el primer consejo bien valía los cien pesos que le había costado; pero que esto no le salvaba de la triste situación en que se veía.

Por suerte al día siguiente, encontró ocupación y aunque el trabajo era rudo y no muy bien remunerado, se propuso no salir de la ciudad. Como era económico y llevaba una vida tranquila y arreglada, logró reunir en los nuevos años en ella algún dinero, y pensó entonces en volver a su pueblo a reunirse con su mujer y su hijo, de quienes todo ese tiempo no había tenido noticias, a fin de establecerse y trabajar por su cuenta al lado de ellos.

Se despidió de su jefe y de sus compañeros de trabajo, que sintieron su ida muy de veras, pues todos lo apreciaban por sus buenas prendas, y partió contento y lleno de ilusiones en el porvenir. Pero tal vez el ensimismamiento en que iba lo hizo equivocar el camino y tomó otro diferente del que pensaba seguir y de repente se encontró en medio de un espeso bosque.

Era de noche y desesperaba ya de encontrar la salida, cuando divisó luz. Guiándose por ella, llegó a un gran palacio, y dirigiéndose a un hombre que estaba allí cerca, le preguntó quién era el dueño.

-Nadie lo conoce; pero se sabe que el que entra a su casa nunca más sale de ella.

Juan dijo: “Yo entraré. Entre morir comido de las fieras si duermo a la intemperie y corres la aventura de salvar estando dentro, prefiero lo último”, y llamó a la puerta.

Salió a abrir un criado muy bien vestido.

-¿Qué se le ofrece? –preguntó.

-Deseo que se me dé alojamiento por esta noche – respondió Juan.

-Aquí no se niega el alojamiento a nadie; pase a la sala mientras le aviso al señor conde.

Poco después entró un caballero de aspecto simpático y le dio la bienvenida. Conversaron un rato y al cabo de un momento, el dueño de casa lo invitó a cenar y pasaron al comedor, una hermosa sala, por cierto, regiamente amueblada, como todo el palacio. Pero, una cosa llamó particularmente la atención de Juan y fue que en un extremo de la bien presentada mesa había una calavera colocada entre dos velas encendidas. Cuando tal vió, un estremecimiento nervioso corrió todo su cuerpo, porque se acordó de lo que le había dicho el hombre que estaba cerca del palacio: “El que entra en esta casa nunca más sale de ella”. Pero también vino inmediatamente a su memoria el segundo consejo del anciano: No preguntes lo que no te importe, y continuó así la conversación fingiendo toda indiferencia. Se sirvió la cena, y aunque la vista de la calavera la había quitado el apetito, no lo quiso manifestar, y comió con la mayor tranquilidad.

Al fin de la comida, dos sirvientes condujeron al medio del comedor a una hermosa dama cargada de cadenas, y a una señal del joven comenzaron a azotarla sin piedad, hasta que, una vez que le corrió sangre por la espalda, dejaron de martirizarla y se la llevaron.

Juan miraba hacer y callaba.

El conde estaba sorprendido de que ver su huésped no le dirigiese pregunta sobre lo que veía, a pesar de que él se valía por todos los medios posibles para que lo hiciese; pero el recuerdo del segundo consejo sellaba los labios de Juan.

Terminada la cena el conde invitó a Juan a visitar las demás habitaciones del palacio, y después de recorrerlas, nuestro limitó a alabar el bueno gusto con que estaban adornadas y la riqueza de los muebles, por todo lo cual felicitó al propietario. Éste le dijo: “No acepto sus felicitaciones hasta que concluyamos, y aún nos queda por ver lo mejor.” Y abriendo una puerta de bronce, se presentó a los ojos de Juan el espectáculo más horrible. No menos de cien esqueletos apoyados en las paredes rodeaban la enorme sala, y un sinnúmero de calaveras y de huesos sueltos cubrían todo el piso. Juan se estremeció por segunda vez, pero no habló ni media palabra.

-¿Qué le parece esto? –le preguntó el conde.

-Que esta sala es posiblemente el cementerio de sus antepasados.

-No, señor mío. Todos los esqueletos y huesos que usted ve, son de personas que fueron mis huéspedes como usted es; pero todos ellos me preguntaron qué significaba la calavera alumbrada por dos velas que tenía en la mesa del comedor; quién era la dama que azotaban mis criados y por qué la maltrataban; y yo, que había jurado matar al que me dirigiera estas preguntas, en vez de contestarles los hacía estrangular. La dama que mis sirvientes llevaron encadenada al comedor y azotaron tan cruelmente, es mi mujer, y recibe este castigo por haber faltado a la fe que me debía; y la calavera que está en la mesa, es la de su cómplice, a quien maté con mis propias manos. Usted es un hombre extraordinario, es usted el único que en diez años que pasaron estos acontecimientos, no me ha hecho ninguna pregunta, y como mi juramento agregaba que dejaría de heredero de todos mis bienes al primero que no me las hiciera, mañana entregaré a usted el testamento que lo constituyo mi heredero universal.

Cuando Juan despertó al siguiente día, encontró el testamento ofrecido sobre su velador. Se levantó apresuradamente para agradecer al conde su generosa determinación, salió de su

cuarto para preguntar si ya se había levantado y vió todo el palacio enlutado y a los criados vestidos de negro.

-¿Qué ocurre? .- les preguntó.

-El señor ha amanecido muerto.

Muy afligido puso a Juan esta noticia y lloró de corazón la muerte de su benefactor.

Al otro día, después de sepultar los restos del fallecido, Juan convocó al a servidumbre y les leyó el testamento. Todos los reconocieron inmediatamente por su patrón.

Juan dijo al mayordomo:

-Yo voy a partir en buscar de mi mujer y de mi hijo para establecernos aquí, pero mientras tanto querría que nos e martirizara más a la esposa del antiguo amo de este palacio; creo que ha purgado bien su falta y que, si su marido no la perdonó, ya Dios la habrá perdonado. Atiéndasela en mi ausencia de modo que nada le falte, y que descanse en sus últimos días.

-Señor, la señora condesa amaneció muerta esta mañana.

Dispuso Juan que se la sepultase dignamente, y montado en un hermoso caballo y con la cartera repleta de buenos billetes partió a buscar a su esposa y a su hijo.

A pesar de las téticas aventuras que le habían pasado, iba contento por el camino y pensaba: “¡Que bien hice en comprarle los tres consejos al anciano! ¡Bien vale el segundo los cien pesos que di por él!”

Cuando llegó a su pueblo no le conocieron. Preguntó por su mujer y le habían dicho que se había ido con su hijo que tenía, un año de después de haber sido abandonada por su marido, pero que no sabían donde. Entonces picó espuelas a su caballo y después de algunos días de marcha llegó a una gran ciudad, en la que a fuerza de preguntar, le dieron noticias de ella.

Le dijeron dónde vivía, y que aunque nadie la molestaba, también nadie la visitaba, con excepción de un clérigo que todos los días iba a verla. Y esto se lo dijeron con cierto retintín nada tranquilizador.

Pero Juan se acordó a tiempo del tercer consejo y aquietado, fue a la casa y llamó. La sirvienta le dijo que la señora no recibía a nadie, pero él insistió en verla diciéndole que era muy amigo de su marido, y que le traía muy buenas noticias de él. Con este recado, la señora lo recibió inmediatamente. Él , sin darse a conocer, estuvo conversando con Rosa un buen rato, y le inventó una historia cualquiera de su marido. Contándosela estaba cuando llegó el joven clérigo. Rosa se lo presentó diciéndole que era su hijo, a quien había logrado educar a costa de grandes sacrificios, que por suerte estaban plenamente compensados, pues el joven era muy bueno con ella y era su único sostén. Y mientras decía esto lo acariciaba cariñosamente.

Juan entonces se dio a conocer y es de imaginarse cuán grande sería la alegría de los tres.

Pasadas las primeras expansiones, Juan refirió su verdadera historia, y después de descansar tres días, partieron los tres a instalarse en el palacio que el conde había dejado a Juan.

Nuestro héroe pensaba por el camino:

“¡Qué bien hice en seguir el tercer consejo del anciano! ¡Si no es que lo recuerdo a tiempo, mato a mi mujer, y yo y mi hijo habríamos sido desgraciados para siempre! ¡Feliz consejo! ¡Qué bien dados fueron los cien pesos que pagué por ti!”

Juan, Rosa y su hijo vivieron muchos años en el palacio, siendo bendecidos por todos, pues la enorme fortuna que poseían les permitía practicar grandes obras de caridad.

Esto es verdad y no miento y como me lo contaron te lo cuento.

Seleccionado para los niños por Rafael Jijena Sánchez

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

